

Antología poética

Guillermo Carnero

ÍNDICE

Dibujo de la muerte

Amanecer en Burgos
Óscar Wilde en París
Sagrado corazón y santos, por Iacopo Guarana (1802)

El sueño de Escipión

Piero della Francesca
Chagrin d'amour, principe d'oeuvre d'art
Cenicienta

Variaciones y figuras sobre un tema de La Bruyère

Variación I. Domus Aurea
Mira el breve minuto de la rosa

El azar objetivo

Meditación de la pecera
Eupalinos

Ensayo de una teoría de la visión

Ostende

Divisibilidad indefinida

Música para fuegos de artificio
Segunda lección del páramo
El estudio del artista

Verano inglés

Lección de música
How many moles?
Al fin a vuestras manos he venido

Espejo de gran niebla

IV. Disolución del sueño

Fuente de Médicis

[Fragmento]

Cuatro noches romanas

Noche primera. Campo de' fiori

Regiones devastadas

Scripta manent

Villa de un magistrado en Macedonia

Casa de un comerciante en Ultraiectum

Muerte del capitán don Francisco de Aldana

Carta florentina

[Fragmento]

Dibujo de la muerte

(1967)

AMANECER EN BURGOS

Las Huelgas

En el silencio de los claustros reposa
la luz encadenada por la epifanía del tiempo.
Florece la altísima tumba
en blancos capullos de escarcha. Un ámbito
de otro oculto transcurre, solo por unas losas
que oscuramente resuenan, incubando
el crescendo angustioso de la proclamación de la muerte.
Fidelidad no ensayada a la hora de vivir,
permanece cada corazón bajo el delicado sudario
que nada oprime. Sobre las piedras se abre
una fontana de musgo. Porque quizá
temiéramos vivir, en la sombra germina
la floración de la carne muerta. Andrajos y oro
el esplendor revelan de los cuerpos antiguos.
Entre imágenes de lejana belleza, piadosamente se oculta
la carne muerta. Y así es hermoso
discurrir fugazmente entre la eternidad de la vida, engarzada
por la geométrica perfección de los albos sepulcros,
como quien nada escucha, puesto que ni seremos
llamados a los turbios festejos de la muerte
ni el amor y el deseo corruptos, y el impalpable polvo de los besos
alteran, en la madrugada tibia que turba el aire,
el armonioso vuelo de la piedra, elevado
en muda catarata de dolor.

ÓSCAR WILDE EN PARÍS

Si proyectáis turbar este brillante sueño
impregnad de lavanda vuestro más fino pañuelo de seda
o acariciad las taraceas de vuestros secreteres de sándalo,
porque solo el perfume, si el criado
me tiende sobre plata una blanca tarjeta de visita,
me podría evocar una humana presencia.
Un *bouquet* de violetas de Parma
o mejor aún, una *corbeille* de gardenias.

Un hombre puede
arriesgarse unas cuantas veces, sobre la mesa
la eterna sonrisa de un amorcillo de estuco,
nunca hubo en Inglaterra un *boudoir* más perfecto,
mirad, hasta en los rincones una cratera de porcelana
para que las damas dejen caer su guante.
Oh, rien de plus beau que les printemps anglais,
decidme cómo hemos podido disipar estos años,
naturalmente, un par de guantes amarillos no se lleva dos veces,
cómo ha podido esta sangrienta burla
preservarnos del miedo y de la muerte.
Un hombre puede, a lo sumo unas cuantas veces,
arriesgar el silencio de su jardín cerrado.
Pero decid, Milady, si no estabais maravillosa preparando el *clam-bake*
con aquella guirnalda de hojas de fresa!
Las porcelanas en los pedestales
y tantísimas luces y brocados
para crear una ilusión de vida.
No, prefiero no veros, porque el aire nocturno,
agitando las sedas, desordenando los pétalos caídos
y haciendo resonar los cascabeles,
me entregará el perfume de las flores, que renacen y mueren en la sombra,
y el ansia y el deseo, y el probable dolor y la vergüenza
no valen el sutil perfume de las rosas
en esta habitación siempre cerrada.

SAGRADO CORAZÓN Y SANTOS, POR IACOPO GUARANA (1802)

Una alabarda, un cardo, una tiorba, una nube de
humo y flores, silencio, lejanía convocan,
presencia de la luz. ¿Para qué fastos?
Al ánimo del viejo pintor, ¿traen los años
serenidad o dicha, o un hábito ya antiguo
de andar en sortilegio por largos corredores
de una ausencia que duele?

Blanco y rosa.

La carne

es débil, y consuela un espacio si abriga
patria inventada, nombres amigos, goce, tiempo
al amparo de muros, mientras los ojos saben
de ficción y de paz, dones del sueño.
Amable relumbrón de teatrales glorias
cubre el muro, que ya mano maestra
ciñera de arquivadas y volutas, en honda
perspectiva, ilusión: a nadie engañan.
Ni Arcadias, Cytareas, donde el hombre triunfa
aéreo, con los oros de la felicidad,
ni cínico despliegue de algún goce pasado
sobre el mórbido cuerpo de lúcidos fantasmas
animan su pincel.

Con sosegado pulso

torpe la mano sin pasión preside
la eclosión de las formas: amarillo, carmín,
ocre, azul nieve, lila; una dulce *maniera*.

El sueño de Escipión

(1971)

PIERO DELLA FRANCESCA

Con qué acuidad su gestuario
pone en fuga la luz, la verticalidad,
la insulación de las figuras vuelve dudoso el símbolo,
hace abstracción del aire, censura de la flora,
sucumben los jinetes
al vértigo del tacto con su brillo.
No hay llaga, sangre, hiel: no son premisa.
Dormición de la sarga, crucifixión del lino;
última instancia del dolor celeste
angustia de la esfera, de los troncos de cono.
La geometría de los cuerpos
y la vaga insistencia de su enunciado único:
no hay hiel, la multitud
no es síntoma del mal, no es un signo del daño.

CHAGRIN D'AMOUR, PRINCIPE D'OEUVRE D'ART

Le plus triste des alchimistes.
BAUDELAIRE

Así tu cuerpo fue como resume
nuestra pupila el mundo: la imagen delicada
de la belleza basta
para hacernos sentir, y la pintura
de la propia desdicha.
Y la felicidad no tiene historia.
Pero en la ciudad vive: cada calle
es un recuerdo que salvar,
la acuarela del cielo en los días de lluvia
y otras banalidades de filiación diversa
que son felicidad.

Hay colores o músicas
que llevan hacia noches en que el calor de un cuerpo
era toda razón; motivo ahora
de construcción poética, entonces estaciones
de una cierta ignorancia convenida
para mejor fingir que solo cuerpos
tuvieran realidad: en resumidas cuentas
para mejor vivir,
pero no sin ficción.

Es cada calle
recorrer la ciudad como tenderse entonces
al lado de tu cuerpo. En las noches, inmensa,
reluce en lejanía. De nuevo oigo su voz
poco a poco apagándose hacia el amanecer.
Volver a visitarla en un hotel furtivo
y barato, y saberla
dispuesta a despertar a una palabra.
Banalidad sin duda
y humildad de vivir: una falta de gusto.

Estéril todavía más que la dicha misma acaso
este poema. Imaginarla
con la mirada lúcida del constructor de frases,
perseguir la anuencia de memoria, dicción
y pensamiento
y tener la impudicia de escribirla: bastardos
los gozos del poeta, como su diosa misma.
Y todos son preciosos para volver a ella.
La palabra es un don
para quien nada siente, le asegura
la existencia de un orden,
el derecho de asilo. Porque él ni mira el mundo
ni lo advierte, y sus ojos
no son más que un espejo al que conmueve

una corporeidad de formas puras:
sus goces son la muerte, la renuncia
anticipada asiste a su pupila
con un halo de ausencia, y su deseo
tiene toda la pompa de las causas perdidas:
extremo de elegancia
y de temor. *Et solus iste sapit**.
Porque el amor nos salva: no haber vivido en vano.
No haber envejecido cuando la noche acaba
ida como sus músicas, darnos como el poema
la razón de estar vivos.

Y gracias al poema
te llamamos amor. Si no, qué llamaríamos
a tu dudoso hechizo,
siempre el poema definiendo
el monótono encuentro con las sábanas sucias,
propiciando sutiles
especies de flaqueza,
ennobleciendo la común astucia
que nos devuelve el mundo, y hasta nos proporciona
razón para crear. Devuelta la palabra
a la palabra, es el momento
en que gotea el agua sobre la piel mordida
y se entibia el encanto: un tranquilo deseo
vertido al ejercicio
de la función poética, y la razón más firme
para empezar de nuevo,
anhelar el hallazgo de la palabra escrita
desde un cuerpo.

*¡Y preténdenle
quitar la elocución!***

Gracias a un cuerpo
apetecer el mundo, y gracias al dolor
(preferimos nombrarlo con más delicadeza)
recobrar el dominio
de la palabra, el alma
de las cosas.

Mirar
con gratitud inconfesable
el desenlace de la historia
porque su esencia es noble; y más, es decorosa
esa contemplación entre doliente
y resignada, de antemano
prevista, que resume
tanta sabiduría; y como el arte, santa.
Amor, poema, una ciudad por ti
es un mundo, una justa

* De Marsilio Ficino sobre el estar de Tiresias en los Infiernos. *Teología Platónica de la Inmortalidad de las Almas*, Libro XIV, capítulo VII. (N. del A.)

** Luis Carrillo y Sotomayor, *Libro de la Erudición Poética*. (N. del A.)

coloración del alba;
es familiar el brillo de su asfalto
y sus calles amigas.
La palabra es un don, y sus goces bastardos
me dan razón de ti, son tu mejor herencia.
Pero no sin ficción.

CENICIENTA

Esta dama ironiza
en las implicaciones de su beso.
Huella el patio de armas con el Príncipe Azul,
y al ingeniar fruición
lo escuchamos croar en su inquieto regazo.
Y si ella es portadora del hechizo,
¿dónde hallar escaipín para su zarpa?

Variaciones y figuras sobre un tema de La Bruyère

(1974)

VARIACIÓN I. DOMUS AUREA

I

La sordidez es nuestro pan,
se inserta entre los cuerpos como un huésped incómodo
y opera en sus volúmenes
la falsación del aire
o desdeña esos hurtos: es entonces
un archipiélago de dudas,
inquieta nuestro rostro, usurpa nuestro nombre
en cometer acciones honorables.
Parodia nuestros gestos a los pies de la cama,
dibuja el garabato de la carne desnuda
en que creemos estar vivos.

Es el gran escenógrafo
que cada amanecer pone en orden el mundo:
las fachadas, los arcos de triunfo,
los síntomas del miedo
que aplazan cada tarde las sombras con su abrazo
y que engulle la noche que no dura.
La sordidez es nuestro pan,
nos provee de odio y en él somos lenguaje
que sin embargo deteriora,
levantamos un muro de palabras
que al odio se reduce
y el odio deteriora; parodiándolo
nos envuelve en palabras como velos.
Envolverse en palabras como velos
para mitificar las figuras del odio
como las estaciones de la risa,
porque el discurso del fracaso,
la lucidez, la fantasmagoría,
son un arte de amar, tienen su método
como lo tiene el uso de la carne
cuando creemos estar vivos,
cuando desdice al odio,
con sus fabulaciones, la noche que no dura.
Como tiene su método
el léxico pomposo de las causas perdidas,
brillante como vanos los recursos,
los motivos, los temas
del lenguaje poético —sentimientos comunes
que recorren lo ancho de la tierra
y otros lenguajes deterioran: anuncios luminosos,
la propaganda de las estaciones
de invierno, los burdeles, las lavanderías—,

y admitimos aquí
como materia propia del discurso poético.
La sordidez es nuestro pan,
origen del discurso que llamamos poema,
origen del discurso de la carne
en que creemos estar vivos,
envueltos en palabras como velos.
Odio, carne, poema: palabras como velos.

II

El discurso poético
fuera haces de signos surgidos en el aire,
emanación
de la presencia pura de volúmenes juntos
o colores o masas.

Lo mismo que la nave
es ritmo por la doble pulsación de los remos
donde todo es presencia como el yute o el cáñamo
o el lino y la madera con sus triples argollas,
y esa presencia es música.

Como a un lado del muro
las significaciones que afligen al poema
palpitan con su mugre, y más adentro
no destila el violín más que una forma
inmóvil en color y al escucharse ausente.

Lo mismo que la roca
es una arista dócil a la mano,
tan irreconocible que carece
de partes, a lo sumo es un color
extenso, que ante el mar no significa
y sonoro en las olas que no tienen historia,
no así el poema: viejos estandartes
llamados a contar siempre la misma hazaña
intentando la música que los cuerpos omiten
y enturbian las palabras con su fango:
no hay palabras ni cuerpos nacidos en el aire.

III

Qué hermosura los seres nacidos en el aire,
no en el aire poblado de las grutas marinas
donde rasgúan trépanos de algas
y amenaza el susurro de las bestias del fondo,

ni el aire batido del estrecho
inerme al remolino de las rocas gemelas

que recoge la imagen la sombra de las alas
pendientes en el cielo y son materia,

o el aire de las cumbres
que inexpugnan los ecos sin orilla
y ve la sucesión de sombra y luz;
luz y sombra son cambio: son materia.

No el aire que colores intercalan
a las evanescencias de su arco,
investidura dócil de sentido
que el paisaje asume, y es saeta

como el aire evadido a las minas de sal
desconoce el derrumbe de las hojas
pero lame en los pozos escalas de color,
color inmóvil, gélido: materia.

No el aire de los ríos subterráneos,
que no turba color ni luz entibia
pero ultraja posibles en su peso
un contrapunto de invisibles gotas,

o el aire encanecido de las criptas
donde el azogue espejos deteriora
que reflejan esferas y encajes de cristal;
feliz inanición que el polvo omite.

Aire que no anula la distancia,
el sonido, el color y las pirámides
de Luna en que se finge la quietud
y es materia.

Nacidos en el aire.

MIRA EL BREVE MINUTO DE LA ROSA

Mira el breve minuto de la rosa.
Antes de haberla visto sabías ya su nombre,
y ya los batintines de tu léxico
aturdían tus ojos —luego, al salir al aire, fuiste inmune
a lo que no animara en tu memoria
la falsa herida en que las cuatro letras
omiten esa mancha de color: la rosa tiembla, es tacto.
Si llegaste a advertir lo que no tiene nombre
regresas luego a dárselo, en él ver: un tallo mondo, nada;
cuando otra se repite y nace pura
careces de más vida, tus ojos no padecen agresión de la luz,
solo una vez son nuevos.

El azar objetivo

(1975)

MEDITACIÓN DE LA PECERA

La perfecta y homogénea redondez es el primer obstáculo, pues por ella se opera una limitación básica a la posibilidad de plantear un programa efectivo: que un supuesto punto de observación pueda adoptarse. Porque un giro de trescientos sesenta grados, tomándola como centro, no descubre en lugar suyo alguno un rasgo diferenciador cualquiera —textura del cristal por ejemplo, su espesor, coloración u otra circunstancia que haga refractar la luz allí de manera distinta.

El segundo es, siguiendo el orden lógico, la transparencia igual y uniforme del medio (circunscrito por una esfera perfecta), pues ello impide discernir en su seno punto alguno que, fijado de manera inequívoca, sirva de referencia para trayectorias y mediciones sucesivas.

El tercero es, evidentemente, la convicción bien fundada de ser totalmente aleatoria la movilidad de los peces al no serle aplicables las Leyes de los Grandes Números, por entrar el caso en conflicto con sus hipótesis básicas. El contemplarla fijamente lo induce aún a mayor confusión, pues le revela una agresividad en la materia indócil, tan manejable y breve; como aquel protomártir armenio murió luego de la desollación, inútil en quebrantar su ánimo, de una simple aspersion de perfume mientras una blanquísima esclava desnuda tañía con palillos de jade vasos, musicales por estar llenos de agua:

incoherencia.

Pues si concentra su atención en uno solo pensando aislar así los tres problemas a efectos de análisis (y signifique esto que son tres los ágiles peces) para, una vez delimitada cada trayectoria [su curva en un espacio de tres dimensiones (que la esfericidad le impide proyectar dichas trayectorias sobre un plano como posibilitaría con sus aristas un acuario corriente)] con sus variantes codificadas, y a ser posible dividida en un breve repertorio de movimientos básicos en sucesión consigo mismos y con otros mediante un número finito de leyes combinatorias precisas con su margen de error asimismo acotable— para recomponer entonces, digo, la realidad del fenómeno que como un todo no es inmediatamente accesible, advierte entonces que, puesto que la entera realidad que se le alcanza la constituye el ámbito de la pecera, no cabe más referencia para la trayectoria de uno que suponer fijo alguno de los otros.

El problema se muerde la cola
pero ninguno de los peces lo hace (lo cual o los inmovilizaría
o los haría girar sobre un eje, lo que es equivalente)
así que contempla perplejo su indefensión ante el cristal,
que por falta de centro no termina.

EUPALINOS

Luego —decís— la contemplación de ese menguado tesoro
le niega la vida real.

Más bien él la convierte,
de propia elección, en un estercolero,
propiciado por tal epistemología de la basura;
en efecto, la contempla como desde una altura excesiva,
con supresión de todo oído y tacto,
veía Fabrizio pasar los bueyes de reata,
abejas de oro sobre las páginas de un salterio,
con ese color miel pulido por la distancia;
la contempla para irle robando como un entomólogo de opereta
imágenes ligeras y fantasmas aéreos,
fragmentos de porcelana, alfileres, medallas, los cuales
son, mucho después, en la soledad de su mente,
una vida de mayor alcance.

En la tumba de Hatshepsuth
se encontró, entre el ajuar funerario,
una veintena de granos de trigo
con aptitud germinativa.

Eupalinos
alzó su templete redondo sobre cuatro columnas,
imagen matemática de una muchacha de Corinto:
no cuestiona él la legitimidad del procedimiento
puesto que no se le alcanza ninguna alternativa posible,
pero obtiene con ello mayor nitidez
en las imágenes (y una mayor gratificación afectiva,
pues les da mayor nitidez)—

existencia
equivale a gratificación afectiva
acompañada de mayor nitidez—

ordena el caos
de la vida real, tan inferior a su memoria,
le confiere sentido y mayor nitidez.

Ensayo de una teoría de la visión

(1979)

OSTENDE

Obediencia me lleva, y no osadía.
VILLAMEDIANA

*Nuestros burgueses [...] sienten una grandísima
fruición en seducirse unos a otros sus mujeres.*
Manifiesto comunista, 11

Recorrer los senderos alfombrados
de húmedas y esponjadas hojas muertas,
no por la arista gris de grava fría
como la hoja de un cuchillo.

Mueven

su ramaje los plátanos como sábanas lentas
empapadas de noche, de grávida humedad
y reluciente.

También en la espesura
late la oscuridad de las cavernas,
y el Sol sobre las hojas evapora
las gotas de rocío—

el aura de calor

que envuelve e ilumina los cuerpos agotados
cuando duermen: si acercas la mejilla
ves las formas bailar y retorcerse,
un espejismo fácil y sin riesgo:
dos bueyes que remontan la colina,
el mago que construye laberintos,
el calafate, el leproso, el halconero
parten seguros al amanecer,
no como yo, por los senderos
cubiertos de hojas muertas, esponjadas y húmedas.
A veces entre los árboles clarean
los lugares amenos que conozco:
el pintado vaporcillo con su blanca cabeza
de ganso, acribillada de remaches y cintas;
las olas estrellándose bajo el suelo de tablas
del gran salón de baile abandonado,
las lágrimas de hielo que lloran los tritones
emergiendo en la nieve de las fuentes heladas;
el cuartito en reposo con la cama deshecha
junto al enorme anuncio de neón
que lanza sobre el cuerpo reflejos verdes, rojos,
como en las pesadillas de los viejos opiómanos
del siglo diecinueve.

Un cervatillo salta

impasible: lo sigo.

En un claro del bosque
está sentada al borde de la fuente,
con blanquísima túnica que no ofrece materia

que desgarrar a la rama del espino.
Corro tras ella sin saber su rostro,
pero no escapa sino que conduce
hasta lo más espeso de la fronda,
donde juntos rodamos entre las hojas muertas.
Cuando la estrecho su rostro se ha borrado,
la carne hierve y se diluye; el hueso
se convierte en un reguero de ceniza,
y en medio de la forma que levemente humea
brilla nítida y pura una piedra preciosa.
La recojo y me arreglo la corbata;
de vuelta, silencioso en el vagón del tren,
temo que me delate su fulgor,
que resplandece y quema aún bajo el abrigo.
Tengo una colección considerable,
y en el silencio de mi biblioteca
las acaricio, las pulo, las ordeno
y a veces las imprimo.
En el dolor se engendra la conciencia.

Recorrer los senderos alfombrados
de húmedas y esponjadas hojas muertas,
inseguro paisaje poblado de demonios
que adoptan apariencia de formas deseables
para perder al viajero.

Mas no perecerá
quien sabe que no hay más que la palabra
al final del viaje.

Por ella los lugares,
las camas, los crepúsculos y los amaneceres
en cálidos hoteles sitiados
forman una perfecta arquitectura,
vacía y descarnada como duelas y ejes
de los modelos astronómicos.
Vacío perseguido cuya extensión no acaba,
como es inagotable la conciencia,
la anchura de su río
y su profundidad.

Desde el balcón
veo romper las olas una a una,
con mansedumbre, sin pavor.
Sin violencia ni gloria se acercan a morir
las líneas sucesivas que forman el poema.
Brillante arquitectura que es fácil levantar
igual que las volutas, los pináculos,
las columnatas y las logias
en las que se sepulta una clase acabada,
ostentando sus nobles materiales
tras un viaje en el vacío.

Producir un discurso

ya no es signo de vida, es la prueba mejor
de su terminación.

En el vacío
no se engendra discurso,
pero sí en la conciencia del vacío.

Divisibilidad indefinida

(1990)

MÚSICA PARA FUEGOS DE ARTIFICIO

Hace muy pocos años yo decía
palabras refulgentes como piedras preciosas
y veía rodar, como un milagro
abombado y azul, la gota tenue
por el cabello rubio hacia la espalda.

No eran palabras frágiles, prendidas al azar
de un evadido vuelo prescindible,
sino plenas y grávidas victorias
en las que ver el mundo y obtenerlo.

La emoción de enunciar un orden justo
cedía realidad al sonido y al tacto
y quedaba en los labios la certeza
de conocer en el sabor y el nombre.

Pero la certidumbre de una mirada limpia
es una ingenuidad no perdurable,
y el viento arrastra en ráfagas de crespones y agujas
el vicio de creer envuelto en polvo.

Y si tras de la luz esplendorosa
que pone en pie la vida en un haz de palmeras
el miedo de dormir cierra los cálices
susurrando promesas de una luz sucesiva,

el fulgor de la fe lento se orienta
al imán de la noche permanente
en la que tacto, imagen y sonido
flotan en la quietud de lo sinónimo,

sin temor de mortales travesías
ni los dones que otorga la torpeza
sino un fugaz vislumbre de medusas:
inconsistentes ecos reiterados

en un reino de paz y de pericia,
apagado jardín de la memoria
donde inertes se pudren sumergidos
los oropeles del conocimiento

y como resquebraja la alta torre
la solidez de su asentado peso,
de tan robusto, poderoso y grave
se quiebra y pulveriza el albedrío.

Así para las aves y la plácida
irrepetible pulcritud del junco
hay cada día olvido inaugural
en la renovación de la mañana:

quien hace oficio de nombrar el mundo
forja al fin un fervor erosionado
en la noche total definitiva.

SEGUNDA LECCIÓN DEL PÁRAMO

Veo anegarse la llanura helada
en marea de sombra que creciente
al rojo sumidero del poniente
conduce la blancura amordazada

y a la noche cerrada
unas cuantas palabras que prudente
conseguí, menos sabio que paciente,
traigo como remedio de la nada.

Solo para regalo de mis ojos
brillan y aroman y por un momento
chisporrotean en la llama huidiza;

después, con otros restos y despojos
de voluntad y de conocimiento,
perecen hechas brasas y ceniza.

EL ESTUDIO DEL ARTISTA

Anónimo holandés

Al fondo de la estancia tenebrosa
atestada de mapas y anaqueles,
de caballetes, bustos y cinceles
donde la araña teje sigilosa

una figura pálida y borrosa
rodeada de libros y papeles
alza un compás y cruza dos pinceles
contemplando la noche silenciosa.

Una llama de vela mortecina
signa la oscuridad más que ilumina
y descubre el temor y la torpeza,

la mueca de desprecio y extrañeza
con que asoma la estúpida cabeza
del mono que levanta la cortina.

Verano inglés

(1999)

LECCIÓN DE MÚSICA

FRANÇOIS BOUCHER, *L'agréable leçon*

No presiones la base de la flauta:
solo con la caricia de los dedos
llévala con dulzura hasta la boca.
Humedece los labios porque brille
la tersa plata inerme en cerco rojo.
Finge no recordar la melodía:
piérdela, duda, persíguela jugando
a la gallina ciega entre las rosas.
Mira cómo se ciñe la guirnalda
a las cuatro columnas del dosel;
las retuerce rozándolas, las hinche
el filo y la blandura de sus pétalos:
bordea en espiral octava y tono,
la indecisión del tempo imprevisible,
sincopado, lentísimo, inminente,
crátera hendida sobre su columna,
anegada en la lluvia y en el miedo
de ceder y volcarse.

Vuélcala

en las notas vibrantes como dardos.
La mano izquierda no te quede ociosa:
tienes en el atril unas granadas
hinchidas, reventando en ocre y rojo;
apriétalas tres veces, luego dime
a qué te sabe el zumo de la música.

La beatitud del día se define
en excesos de luz, de Sol, de verde.
En el jardín sonríen los atlantes
al sostener la cúpula del tiempo.
Venus sonríe, y un tropel de faunos
ahuyenta el cervatillo de Diana.

HOW MANY MOLES?

Hoy tiene tu mirada un inquietante brillo:
el de una gata que se ha tragado un pajarillo.

Caes como la tarde, ausente y soñadora.
El Sol besa las nubes y las dora

y con ojos profundos, densos, crepusculares,
me pides que te cuente los lunares.

Aun antes de empezar ya me doy por vencido:
tienes tantos como un dálmata crecido,

y con esa sonrisa pizpireta y astuta
me aturdes, y no puedo ni pensar en la ruta.

Veo uno escondido en donde nace el pelo.
Está tan solo y es tan pequeñuelo

que podría perderse si ahora lo dejara
en el camino, y sin contarle me lanzara

ombliigo arriba hacia las redonduelas,
tan opíparas, pingües, gordezuelas,

que aspirar su calor y su fragancia
confirma mi noción de la lactancia:

no debe malgastarse en un recién nacido;
no sabría apreciarla como es debido.

La izquierda siempre fue mi preferida.
Es la más descarada y la más presumida,

siempre apuntando al techo muy airosa
con su breve hociquillo de color rosa.

Crece y se vuelve duro, muy arrogante y tieso,
si anoto dos que tiene, con un beso.

He de seguir contando sin demora:
solo he llegado a tres en una hora.

¿Voy arriba o abajo? Me extravió,
dudo, me armo un lío y me armo un lío

y aterrizo por fin en un moflete,
y al morderlo, tan suave y regordete,

cuento, con un cachete en el culete,
cuatro. Esto va mejor: ya suman siete.

Pero hay más que amapolas en un prado florido,
que caracoles después de haber llovido.

Aun en toda la noche no podría.
Tendremos que contarlos otro día.

AL FIN A VUESTRAS MANOS HE VENIDO

Garcilaso

Cuando era niño, al acabar la clase
salíamos todos juntos al recreo
y yo era el aguafiestas, el torpe, el metepatas
absorto en un rincón imaginando historias,
aventuras y compañías de papel, leyendo un libro.
La edad no me ha librado de vocación tan mísera
ni he sabido adquirir mayor destreza
ante la realidad: extranjero en la sombra
huyendo tras el cristal de un tren nocturno,
ante quien brillan letreros lacerados,
resplandores y rostros y raíles sinónimos.
Después de fracasar con tanto empeño
al fin hasta tus manos he venido
como quien nunca supo del olor de la tierra
en un jardín mojado por la lluvia
ni oyó hincarse en la roca la paz del arcoiris,
acorde de las gamas del gozo de la vista,
silencio en la fragancia de los tibios colores
donde no cabe instante sin milagro.
No me exilies de nuevo al metal trasparente
donde la voluntad se engríe y pudre,
al desierto incoloro donde se triza el tacto:
no me dejes en un rincón con este libro,
medalla decorosa en el ojal de un muerto.

Espejo de gran niebla

(2002)

IV. DISOLUCIÓN DEL SUEÑO

Nadie puede instalarse
en los sueños de otro: están fundados
en la incredulidad, la decepción y el miedo,
y su inquietud no admite compañía.
Juguetes rotos de una niñez tapiada
que no quiere arriesgar el privilegio
de mecerse en la paz de no haber sido;
un andrajo sin nombre
vacante en el umbral del paraíso
al no tener un cuerpo que lo vista.
El que contempla el Sol no ve su fuego,
cifrado en cenital circunferencia;
baja la vista, y teme. Lo confunde la luz;
solo puede mirarla si se mezcla
a los colores turbios de las cosas.
Tampoco se permite
afrontar la arrogancia de sus sueños.
Finge que no lamenta su vacío
pues no los tiene ni jamás los tuvo,
o que están a su alcance confirmados
en la corriente lenta donde flotan
las heces de los pactos de sus días;
o los destierra al sótano más hondo
sin calor ni alimento, hasta que mueren
y vagan insepultos y lo acosan
al apagar la luz en un cuarto de hotel;
y por fin engalana su cadáver,
lo corona de mirto y lo pasea
para ofrecerlo a quien lo pisotee,
y lo destierra al fin a la página escrita
para eludir su insulto de blancura,
salpicando de tinta su amenaza de espejo,
su insoslayable potestad de lirio.
Sueño: región más alta,
sonora en geometría cuyo color se vuelve
imán de la certeza del exilio.
La voz es una brisa que nos trae
los primeros jirones
de los aromas del jardín del sueño.
Ha de reburujarse como seda
o desplegarse cálida y redonda,
henchida al ascender en su ternura,
y volar sobre cumbres y estuarios.
Así tu voz, umbral de tantos mundos,
sabía concederlos resumidos
en la proximidad del horizonte

de la luz de la llama de una vela;
pero hoy vendría a mí tenue y descalza,
sobre la duda de cristales rotos
que esparciste en la estela de tu nombre.
Si rompieras a hablar, tu voz tendría
una pátina oscura de parajes
donde se pudre la lección del tiempo.
Ya no podré entenderte si me hablas:
solo olvidando el lastre de las cosas
y las aristas negras de los nombres
tiene tu voz la pulcritud del sueño:
música en el estuche de su brillo.

En los sueños, los ojos son azules:
si son de otro color, no estás soñando.
El azul es un reino de dulzura.
Dulzura no es palabra suficiente
en lo espiritual y trascendido;
es la de los torrentes cuando llegan
a presentar en el Abril del valle
la rendición templada de su hielo,
conservando en color de las alturas
la transfiguración del aire límpido;
la del rumor de guijas y de conchas
que resuena en las playas por la noche,
llenando de sí misma
la conciencia de estar oculto y solo.
Cuando abrías los ojos levantabas
una cúpula azul sobre la tierra,
coronada de flámulas ardientes;
un recinto tan alto
y en su ofrenda de luz tan silencioso
que toda voluntad se deslizaba
por la pendiente del desasimiento.
Así unos ojos pueden encender
la latitud inaugural del mundo
diáfana y transparente sin frontera,
y entrecerrar su propio laberinto
de heces y esquirlas de rumor taimado.
No quiero su amenaza
en la consternación del aire turbio:
solo el azul extático y redondo.

La curvatura es vocación de río
con inflexiones lentas de meandro
en el arroyo que desciende al valle,
es consuelo en el círculo del Sol
cuando tiñe de rojo la parábola
en que la luz dibuja el horizonte,
espiral aguzada

en el brillo del brote de la hoja,
convexidad en la tensión del fruto,
densidad y turgencia
en todo lo colmado y lo creciente.
La redondez es signo de la carne
de mujer, salvación,
oasis de volumen
en la angustia del plano y de la recta;
pero ha de ser jardín al que no lleve
la ausencia de un camino no trazado.
Esa es la norma capital del sueño,
lo que confiere elevación de nube
y resplandor solar de paraíso
a la entereza de un jardín redondo
retirado al secreto
de su concavidad, sin que el dardo del tiempo
—serpiente rectilínea que hiere con la ciencia
del veneno sin paz de la memoria—
tenga puerta cerrada en que clavarse.
Pero tú oscureciste el horizonte
donde pudo brillar el más diáfano
silencio precursor de voz primera,
y trajiste al preludio
de su estación redonda la maldición del tiempo:
un largo corredor de palabras caídas
pudriéndose en la sombra de su otoño.
Así llegué al umbral del paraíso
como Moisés en su último viaje;
y en la desolación de la memoria
y la miseria del entendimiento
se desvanecen un jirón azul,
geometría sin voz, música abstracta.

Fuente de Médicis

(2006)

[FRAGMENTO]

—¿A qué vienes? Tuviste tu verano:
yo puse en tu camino a una feliz
y hermosa criatura,
mucho más que los versos que le escribes,
a la que heriste y renunciaste. Era
niña de pocos años,
mi encarnación, lo que yo soy en piedra
y en concepto, perfecta pero viva,
cálida en la aureola de su sangre;
y vuelves viejo y solo,
condenado a vivir en el recuerdo
y esperar el alivio de la muerte.
Yo he conducido a muchos
a la felicidad; no quiero ser
tu maldición.

—Esta fuente me atrae por sus aguas
inmóviles y negras, por sus flores
pútridas; y tu estatua,
tu desnudez, que encarna
la Hermosura suprema
junto al Amor ardiente, helada y rígida,
mohosa, tantas veces recubierta de nieve,
me recuerda mi error y mi fracaso.
Tan pronto te mostraste
me indujiste a creer en lo absoluto,
y el ser tu hechura me hace más amarga
la noche de este invierno.

—No olvides tus recuerdos más hermosos:
busca refugio en su ilusión de vida.

—Aquello que viví
ya ha sido una ilusión; no lo acepté,
no advertí su valor ni lo retuve,
y el tiempo me arrastró, dejándome en las manos
el palpito indeciso de una sombra.

—Pero en ella no hay daño,
y no arriesgas la vida que no tienes;
acepta la piedad con que te ciega
un inocente engaño sin peligro.

—Si un niño muere, un ángel se lo lleva
volando a recorrer el rosario de imágenes,

de lugares y días de su felicidad,
y no concibe nada más allá de sonido
del batir y el reposo de sus alas;
pero el viejo que muere cada día
teme el rumor de alas que lo esperan
al umbral del jardín de su memoria.

—¿Y por qué ha de temerlo, si lo llevan
a visitar de nuevo el territorio
de nostalgia serena de los gratos
lugares escondidos donde estuvo?

—No es nostalgia serena, esa que puede
alzarnos de la tierra como a niños,
pues en esos lugares
han caído nevadas de ceniza
de las que ignoran que la primavera
funde el hielo y renueva los colores.
No me atrevo a cruzar el manto gris
bajo el que yacen huellas
huidizas, sepultadas
como el amor tras que corrían.

—Muertas
mientras no las revivas.

—Si pudiera
volverlas a pisar, me sentiría
como un ciego que escucha,
con las manos cortadas,
reír la voz que amó, mientras esconde
su vergüenza en la sombra, al otro lado
de un muro de vejez y cobardía.

—Tú lo has alzado: puedes derruirlo.

—Yo lo alcé, pero solo
obedecí las órdenes del tiempo,
que me tendió un espejo donde viera
en mi rostro los signos de la muerte,
junto a la juventud y la belleza
tras que corría.

—Busca
otra mujer.

—No puedo.
Mi alma está cortada a su medida.
[...]

Cuatro noches romanas

(2009)

NOCHE PRIMERA. CAMPO DE' FIORI

Mein Herz gehört den Toten an.
HÖLDERLIN, «Griechenland»

—Después de tantos años escribiéndome,
hoy has venido a verme.

—Siempre supe
que hacia ti me llevaba mi destino,
cuando reconocía las huellas de tu paso
y la perennidad de tu gobierno.
Para qué perseguirte ya que ibas a alcanzarme
bajo cualquiera de tus apariencias.

—Para qué ir a buscarte
si me eres por completo indiferente.

—Te has hecho contradicha porque sabes
que tu antiguo poder está olvidado;
que nadie te recuerda
con obsesión y con acatamiento,
y que han de complacerte las preguntas
de quien aún halle en ti sabiduría.
Aunque careces de misericordia,
te envuelve sueño altivo
de recelos de reina destronada,
y por eso esta noche concederás audiencia
a un viajero que te reconoce
y cree en ti.

—Pregunta
pero evítame quejas y gemidos,
la hartura de las mismas necesidades.

—¿Por qué persiste en ser inmortal el espacio,
indiferente al tiempo?

Cuando acaba
la representación, el escenario
debiera perecer. Al disiparse
las últimas palabras con ellas descendiera
perpetuo infranqueable telón de oscuridad
sobre la ausencia y la oquedad del tiempo.
Si todo lo arrastrara tu corriente
no quedarían restos de tramoya
roídos por el polvo en rincones oscuros,
trajes envilecidos con las costuras flácidas,
espejos astillados en su marco de oro.
Qué ineficaz tu olvido y qué lento tu paso,

tu desdén negligente qué piedad tan dudosa,
y tu devastación inacabada.

—Mi misión es dañar, nunca he sido el alivio
como el que habéis querido imaginarme.
El daño es arte sabia, de oscura sutileza
y de ambigua razón; lo más dañado
es lo que sobrevive y queda indemne,
el filo de la espada obstinado en brillar
sobre el que se debate la conciencia.
Ese brillo era antaño la alegría
de la proclamación, el norte del deseo
y el imán retador de la certeza;
y acaba siendo el halo mortecino
en que se agranda el hueco de lo ausente
como miembro amputado cuya cicatriz duele
en la fascinación de la memoria.
Ella es vuestro enemigo.

—Pero tú le concedes
la victoria, porque tu destrucción
es incompleta. Tienes a tu antojo
un entramado denso de lugares,
rostros, colores, músicas,
todo un castillo trémulo de naipes
que sabes acosar con débil soplo
pero que no aniquilas. Prefieres olvidarlo
con lenidad que no es misericordia
sino la lenta astucia de una venganza débil
que no te dignas completar: la dejas
seguir su curso, apartas de su sino
tu poder, te retiras
en el silencio de tu inapelable
fatalidad. Condenas todo acorde
de belleza, de paz y de armonía,
robándole fragmentos
para que de por sí se desmorone;
a los cuerpos que duermen sosegados
en el aplazamiento del deseo
les oreas y alargas su delicia
para que se aniquilen por inercia
de su felicidad, no por tu mano.

—Observa la paloma que planea
sobre esta plaza. Ignora,
mientras la mece trasparente el aire,
que sus losas resuenan
bañadas en dolor amordazado,
y cómo se podría llamar flores
a las manchas de sangre.

Solo vuela
absorta en sus sentidos, paladea la luz,
y hasta las aguas pútridas del Tíber
las cree de lo alto una curva esmeralda.
Adiéstrate en olvidos de paloma,
no me acuses a un tiempo
de mucho herir y de matar muy poco.

—Entonces llévalo todo contigo,
borra y esquilma de una sola vez
cualquier lugar cargado de recuerdos.

—¿Cuál sería mi obra? No me pidas
un acto de piedad. Es mi designio
que todo vaya hacia su destrucción
diversamente: así lo que se apaga
con mayor lentitud sufre en ausencia
de lo que ya no existe, y cuando muere
causa más sufrimiento a lo que aún vive.
Mi juego y mi placer son sembrar el espacio
de esos signos de muerte sucesiva,
y así el tiempo insondable y su amenaza
son mi campo de flores.

—No lo llares así;
está teñido en sangre.

—Qué hay en ella
sino la certidumbre de la vida,
sangre caliente bajo piel süave,
labios tersos que un día perseguiste.

—Sí, pero el tiempo vuela
sobre la fluidez de su corriente,
brillante y encendida en luz veloz;
la remansa y la enturbia, dejando un lodo denso
como rumor de rastro de serpiente
en una habitación llena de sombras.
Allí ejerce el recuerdo su oficio de tinieblas,
en el exilio de la privación
y la pasividad, donde el diamante
de la celeridad de los sentidos
se convierte en carbón opaco y lento,
en póstumos destellos de luz muerta.

—Y para precaverte de esa luz
no puedes ampararte en un olvido
que no se te concede, porque estuviste allí
donde tu tiempo no era carbón plano
sino domo de chispas de diamante.

—Concédemelo tú. Dame la paz.

—Yo nunca me concedo sin amor.

—Supongo entonces que has amado mucho.

—A nadie, pero he sido muy amada,
con determinación inexorable,
con desesperación.

Eso no cabe
en los amores de una sola noche.

—No te había encontrado, pero siempre
supe que llegarías. Te amé siempre
sin saberlo.

—No creas que he venido por ti;
estoy y estuve siempre en todas partes,
pero nunca me viste. Te tentaron
otros campos de flores;
en ellas te tendiste, y mirabas el mundo
resumido en el copo de una nube.

—Pero para esos fines ya no crecen las flores;
no estoy en tierra verde bajo el azul del cielo
sino sobre la piedra anochecida.
Me cegaba la luz y no podía verte,
pero me ha bendecido la luz negra
en la que te arrebuja. Sé que no te merezco
todavía; te pido
solo una señal: llueve
sobre todas las flores, y deshójalas.
Arrastra mis recuerdos, que son manchas de sangre.

Regiones devastadas

(2017)

SCRIPTA MANENT

Respondent omnia silvae.
VIRGILIO, *Égloga X*, 8

Quis potuit lecto durus discedere Gallo?
OVIDIO, *Remedia Amoris*, 765

Cneo Cornelio Galo, amigo de Virgilio,
que se quitó la vida tras ofender a Augusto
al esculpir su nombre en las pirámides
para la eternidad, amante de una Lícoris
que codiciaron Bruto y Marco Antonio,
excedió en gloria el límite del orbe:
Apolo secundaba sus lamentos de amor
con los lagos, las nubes y las selvas.
Escribió cuatro libros de elegías
de las que se conserva solo un verso dudoso.
La noche me recuerda su nombre silenciado,
el montón de ceniza en que se confundieron
su cuerpo y sus poemas, en una doble muerte
miserable y oculta como envidia de príncipe.
Si creyó en algún dios hubo de hacerle
solo un ruego: «Conserva mis escritos
a cambio de mi vida».

VILLA DE UN MAGISTRADO EN MACEDONIA

No se sabe su nombre. De su casa subsisten
el tritón y el Neptuno de un mosaico,
y una lasca de estela con un cuenco
y la espiral de un laberinto.
Contemplaba el mensaje de los frutos,
la exacta disciplina de los astros,
la curvatura unánime que rige
el cuerpo de mujer y el horizonte:
la ascensión de la vida como signo redondo
que degrada la mente cuando rueda
remedando en sus círculos de sombras
la realidad, volumen bajo el Sol
—esfera conciliada en la luz de otra esfera—
donde el deseo anida sin preguntas.
Quiso dar a entender al visitante
acostumbrado al oro falaz del pensamiento
que sus estatuas y su biblioteca
no eran la ostentación y el lujo de un patricio.
Quizás en otro tiempo alguien acuda
a preguntarse en qué creyeron
las ruinas que deje este poema.

CASA DE UN COMERCIANTE EN ULTRAIECTUM
(siglo VII d. C.)

Vivo en un lodazal donde gruñen los cerdos
y el humo ofende la quietud del aire.
Fui una vez a Tréveris, y donde se cargaban
las carretas camino de los hornos de cal
recogí el torso alado de un dios ciego.
Me ayuda a despreciar
a esta mugrienta tribu de pastores:
sueño que llegué al Sur, y estuve en Roma.

MUERTE DEL CAPITÁN DON FRANCISCO DE ALDANA

El mar rompiendo mudo, el sol de Agosto
que no abrasa ni ciega, el vocerío
distante y apagado: al fin reposo
sin urgencia ni peso de las armas.

Flotan y se disuelven los sentidos;
desciende un leve velo y los aquieta
en una densa paz de sueño y sangre,
con pulcritud y aroma de guirnalda

negra, mientras apaga un amorcillo
su antigua antorcha, y tiembla como llama
—espejismo de amor reverberado—
una mujer muy relamida y suelta,

señalando por burla con el dedo
la nada a donde voy, con mi tesoro
de gentil amoroso acatamiento,
de versos en su honor tan bien medidos.

Carta fiorentina

(2018)

[FRAGMENTO]

Si no muere y se pudre el grano, no habrá espiga.
Las hojas, los arroyos, los rumores del bosque
que la lluvia redime de la esterilidad
no verán florecer la flor de nieve,
ni alzar el vuelo el águila y las aves cantoras,
si no mueren el árbol, la paloma y el corzo.
Su vida breve alcanza en hermosura
más alta cima y en vivacidad
cuando en arco de cola de cometa
se disuelve su signo cancelado,
y así de la ceniza del árbol, de la sangre
de la paloma herida por el azor, del lobo
que esparce en la pradera los despojos del ciervo,
nacen el canto y el color del mirlo,
y cada vez que suenan en el bosque
los pasos de la muerte sobre el lodo
sus rumores le dan la bienvenida
con el anuncio y la proclamación
de la tersura y el frescor del verde,
la verticalidad indefinida
que convierte en indicio de arco iris
el torbellino pardo de hojas secas.
No hay tierra más feraz y más florida
que la que ha sido campo de batalla:
de la boca y los ojos de los muertos
brotan las amapolas, trasladando
de cuerpo a flor el rojo de la sangre.
Sobre la carne muerta y el acero,
el oro terne de los entorchados,
el bronce y el charol y el hueso hendido,
crecen altas y densas las espigas
en las que esculpe el viento su mensaje
de luminosidad redondeada.
En la lluvia la roca parda y gris
se reviste de verde humedecido
que el hielo desmenuza, y arrastrada
rueda pendiente abajo hasta llegar a un agua
rauda y horizontal, que la conduce
con su música, rápida primero,
después opaca y lenta y sinuosa,
y la olvida en remanso trasparente
donde cae hasta el fondo deslizándose
como se balancean en el verso
los adjetivos justos engarzados
que definen la música del agua.

Música ambigua de agua de estuario
en su doble color verde y azul
sobre la redondez de los cantos rodados,
polvo ambarino al fin, centelleante
en las olas que llegan a la playa
del mar turquesa y verde piadosamente mudo
en su telón de invisibilidad
sobre muchos naufragios y sus muertos,
en cuyo cráneo nadan la memoria y los peces.
Lo que el marino teme es la bonanza,
ondular en la calma como el prado
cuando lo mece una ligera brisa,
la inacción de las olas, la detención del viento.
Prefiere oír en medio de la noche
doblar y estallar el roble y el acero,
la espuma en los bajíos, el coral
—ascua y diamante rojo— seccionando la quilla,
la nube de medusas orlando el hundimiento
mientras suena sin pausa una campana,
hasta que lo sumerja y lo abandone
una mujer cayendo
al abismo sin fondo de su abrazo,
a la ceguera de las aguas turbias
en la frontera póstuma del tiempo
asignado al amor, digitación
en su viscosa espalda de nereida;
y así, en la calma gélida y oscura
por la que pasan formas y colores
veloces y lejanos como furtivos peces,
en la aniquilación de la vista y el tacto
se instituye el recuerdo y su sentencia.
En Lisboa una iglesia derruida
por el agua marina y por el fuego
ha vuelto a levantarse
sobre su destrucción; los muros calcinados
sustentan una bóveda color de rosa y ámbar
en cuya clave danza una sirena,
y su tesoro guarda un cráneo hendido
recubierto de oro. Las columnas
desnudas de pedazos de su mármol
desollado, y los cálices fundidos
cuyo beso rajó la liturgia del púrpura.
En Lisboa me asalta tu recuerdo
—*bandeiras pretas, carrossel partido*—
como se expande la materia oscura:
la destrucción y el daño enaltecidos
como superior forma de belleza
junto a la de la rosa, la del mármol pentélico,
la de la peonía y del cuenco de jade,
las Gracias de Canova imperfectibles,

los restos del retablo en que la Virgen
reconforta en la paz del no nacido
a doce comitentes diminutos.
Lo que yo te mostré poniéndote en las manos
una deidad curvada japonesa
en su marfil reseco y amarillo:
la muerte inexorable de cuanto tenga forma,
materia y cantidad, aunque no vida.
Aquel que siente amor se vuelve un niño
indefenso, inocente, amenazado;
irá absorto y sin rumbo por las lindes del sueño
entre los resplandores del color y la forma,
y aunque no los comprenda lo guiará su halago
hasta encontrar la tierra más fragante.
Correrá gran peligro mientras goza
el soplo de la brisa sobre la piel desnuda;
en plácida ignorancia llegará a su pupila
la caricia infinita de las gamas del verde,
y asentirá a su encanto sin saber qué es color
ni por qué su delicia ha de llamarse verde.
La pulcritud del vuelo de la abeja,
el arroyo y las aves: minúscula sorpresa
sobre la faz del mundo. Reirá
cuando bajo la Luna de Diciembre
se tienda la ilusión de un haz de cintas
hasta el árbol dorado y luminoso,
y años después encontrará a otro niño
—arquero sin maldad, ladrón de miel,
su semejante pero más hermoso—
al que picó en los dedos una abeja.
Bañada por el Sol en Taormina
dormía una muchacha sobre mí
y yo la acariciaba al mismo tiempo
que medía en su espalda con los dedos
los versos aún no escritos, y así grabó el amor
en el descubrimiento y el asombro
de un cuerpo de mujer acariciada
mis primeras palabras encendidas.
[...]